

# Nuevo Mundo Mundos Nuevos

Nouveaux mondes mondes nouveaux - Novo Mundo Mundos Novos - New world New worlds

Colloques | 2020

Sección 5 – Trayectorias, desplazamientos e hibridaciones 2

ADRIANA PETRA

---

## María Rosa Oliver, el comunismo y la cultura argentina

[08/10/2020]

---

### *Résumés*

Español English

Este artículo aborda la figura de la escritora argentina María Rosa Oliver (1898-1977) entre las décadas de 1930 y 1960. Miembro de una familia tradicional de la elite argentina y obligada a moverse en una silla de ruedas por una enfermedad infantil, formó parte del grupo fundador de la revista *Sur* y fue una reconocida “compañera de ruta” del comunismo. El texto recorre su trayectoria poniendo atención a los contextos políticos y sociales que hicieron posible su compromiso político, observa las características de ese compromiso y relaciona la escala local con los climas ideológicos internacionales. Se argumenta que sus disposiciones sociales y culturales le permitieron desarrollar un tipo de compromiso cosmopolita particularmente útil para las funciones de diplomacia cultural que el comunismo requirió en diversos periodos. A través de un recorrido sumario por su actuación en el feminismo, el antifascismo y el comunismo de Guerra Fría, tomando como fuentes principales sus memorias y papeles personales, se observa su lugar en una red de relaciones y sociabilidades locales y transnacionales dentro de las cuales su origen de clase y sus opciones políticas no resultan contradictorios.

This article focuses on the Argentine writer María Rosa Oliver (1898-1977) between the 1930s and 1960s. Born in an Argentinian elite family and forced to move in a wheelchair due to a childhood illness, she was a founding member of the magazine *Sur* and a well-known communist “fellow traveler”. This text analyzes her career considering the political and social contexts that made her political commitment possible and defined it, while articulating the local scale to international ideological climates. This article states that her social and cultural dispositions allowed her to develop a type of cosmopolitan commitment particularly useful for the functions of cultural diplomacy that communism required in various periods. Taking her memories and personal papers as the main sources, a brief presentation of her performance in feminism, antifascism and communism is made to highlight her place in a network of local and transnational relationships and sociabilities, within which her class origin and political choices are not contradictory.

## Entrées d'index

**Keywords** : Oliver (María Rosa), intellectuals, communism, anti-fascism, Cold War, transnational activist networks

**Palabras claves** : Oliver (María Rosa), intelectuales, comunismo, antifascismo, Guerra Fría, redes militantes transnacionales

## Texte intégral

1 María Rosa Oliver nació en Buenos Aires, en el invierno de 1898. En la familia de su madre, los Romero, llamaban a José de San Martín “tío Pepe” y se burlaban de su acento gallego; su padre, en cambio, era un descendiente de catalanes que fue alternativamente diputado, ministro de finanzas y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Conservador sin linaje, recibía en su casa a los mismos estudiantes reformistas que le tiraban huevos en las asambleas universitarias. Uno de ellos, Rodolfo Aráoz Alfaro, hijo de una familia notable de Tucumán, será un buen amigo de su hija mayor y, también, apoderado del Partido Comunista Argentino (PCA).<sup>1</sup> A los diez años, María Rosa tuvo un ataque de polio y, a pesar de los esfuerzos familiares, que incluyeron visitas a los mejores médicos europeos, no pudo volver a caminar sin ayuda. Criada con institutrices, dominaba varios idiomas con fluidez. Su infancia y adolescencia transcurrieron entre su casa de Recoleta, uno de los barrios más caros de la ciudad de Buenos Aires, la quinta familiar de Merlo y las largas estancias en Europa, sobre todo en París. Miembro plena de la elite social y económica argentina, más tarde lo será también de una elite cultural modernizante que ella misma contribuyó a crear. En enero de 1931, junto al escritor norteamericano Waldo Frank, secundará a su amiga Victoria Ocampo en la fundación de la revista *Sur*, la más longeva y gravitante publicación que tuvo el país, centro de la cultura legítima por los siguientes treinta años. Frank, un “comunista místico e idealista”, fue, junto a Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, una figura clave en la formación de la conciencia americanista de Oliver y una vía de acceso para una red intelectual transatlántica que será fundamental en el lugar de mediación político-cultural que ocupará por las siguientes décadas.<sup>2</sup> Algunos autores sostienen que Oliver se afilió al PCA en los años ‘30, aunque a través de la lectura de sus papeles personales y sus memorias tal afirmación no parece probable.<sup>3</sup> Sobre lo que no hay dudas es que fue una eficaz “compañera de ruta”, un término apto para explicar una amplia gama de formas de compromiso intelectual con el comunismo a lo largo del siglo XX, una de cuyas funciones fue capitalizar el prestigio de una obra o una posición social para conquistar el apoyo a iniciativas frentistas y de defensa de la Unión Soviética. En este caso, un compromiso de fuerte raíz humanista e inflexiones cristianas, que la llevará desde el antifascismo liberal al comunismo soviético de Guerra Fría, desde el apoyo a la República Popular China y la Revolución Cubana al interés por la teología de la liberación hacia el final de su vida.

2 La figura de María Rosa Oliver ha despertado un interés creciente en los últimos años, particularmente en el campo de los estudios literarios, donde se acepta que, a pesar de su lugar menor en el canon de la literatura nacional, su figura es indispensable para trazar la historia de la cultura argentina en, al menos, los primeros cincuenta años del siglo XX. Desde este punto de vista, el de la literatura y la crítica cultural, su nombre aparece asociado a la figura del “descentramiento”, la “elusión” o la “duplicidad”. Su lugar, se dice, es “lateral”, pero también “fronterizo” y “vacilante”.<sup>4</sup> Este descentramiento o inadecuación a un centro que, sin embargo, en términos de clase social y capital cultural, parecía corresponderle se observa desde varios ángulos: desde el cuerpo disminuido que obliga a un esfuerzo de sustitución por la vía de la política y la cultura, desde la sombra que proyecta sobre su activismo la personalidad maciza de su amiga Victoria, desde su lugar de escritora “sin obra”, desde su propia voluntad de distanciarse de un entorno privilegiado y de un lugar social asignado por su origen y género y, por último, desde sus opciones políticas, a priori observadas como discordantes con su clase social. De conjunto, los trabajos encuentran que en su figura

se conjuga una inhabitual simultaneidad: hija de una familia aristocrática es, *a la vez*, escritora, discapacitada y, aquí la aparente anomalía que me interesa resituar, comunista.

- 3 En este artículo me propongo repasar sucintamente el itinerario de Oliver para observar esa dimensión específica desde el punto de vista de los climas político-ideológicos que fueron suelo de posibilidad de su compromiso político y matizar la idea de su inadecuación. Se trata de un abordaje acotado que requeriría, para alcanzar un perfil más preciso, de un cruce meditado con sus colocaciones de clase y, sobre todo, de género y corporalidad. Por el momento, lo que me interesa sostener es que las opciones políticas de Oliver y el lugar que ocupó en las redes del activismo comunista resultan menos excéntricas si se las coloca en sus contextos políticos, sociales y culturales, tanto a nivel local como internacional. En efecto, lo que ella misma llamaba su “izquierdismo” fue una posición que, desde mediados de la década de 1930 y por los siguientes quince años, fue aceptada por los comunistas al mismo tiempo que estos eran aceptados en una comunidad política mayor construida por la apelación y los motivos antifascistas. Hasta la adopción de la línea de frentes populares el mote hubiera resultado inadmisibles, pero en la nueva situación internacional, el combate contra el fascismo europeo y sus “encarnaciones locales” colocó a los comunistas argentinos en la línea principal de los discursos por la recuperación de la democracia y la defensa de los principios liberales. Esto en el marco de una sociedad que había experimentado un profundo proceso de homogeneización, democratización y erosión de las deferencias, al menos entre las elites sociales y los sectores medios.<sup>5</sup> El antifascismo también supuso una fuerte ampliación e internacionalización de la militancia y las simpatías hacia el comunismo, lo que se acrecentó, si bien por breve tiempo, con el papel crucial que le cupo a la Unión Soviética en la derrota de las potencias del eje. Este espacio de confluencia se dislocará recién en los años cincuenta, en el contexto de la polarización de Guerra Fría y las disputas locales en torno al peronismo dentro y fuera del gobierno. Tanto en las redes antifascistas como en los circuitos comunistas de la segunda posguerra, María Rosa Oliver se desempeñó con comodidad mientras pudo conjugar sus disposiciones sociales – poliglotes, ubicuidad, autonomía económica, relaciones y entrenamiento viajero – con un compromiso político de fuerte sentido cosmopolita, especialmente apto para las funciones de diplomacia cultural y constitución de redes de activismo transnacional, como fue el caso del Movimiento Mundial por la Paz.

## Feminismo y antifascismo

- 4 A pesar de ser una fuerza ilegalizada y perseguida, que carecía aún de un sistema editorial y de prensa o de una estructura cultural capaz de otorgar algún tipo de legitimidad alternativa, el comunismo, por la vía del antifascismo, ejerció una importante atracción en los medios artísticos e intelectuales, de sectores medios en su mayoría, pero también de fracciones (pequeñas) de las altas burguesías porteñas y provinciales (hubo otros “comunistas aristocráticos”, aunque el PCA tuvo un perfil más plebeyo que muchos de sus pares europeos e incluso latinoamericanos). La política frentista, que se extendió con variantes hasta después de la Segunda Guerra Mundial, con la excepción del periodo neutralista de 1939-1941, fue así particularmente eficaz en el terreno cultural, en contraste con su escaso éxito político (las diferencias entre las diversas versiones de la figura de Frente Popular y la bastante más conservadora Unión Democrática de 1945 son evidentes). A través de la creación o la participación en organizaciones antifascistas, los comunistas contribuyeron a moldear una identidad política que, al mismo tiempo que se oponía a un fascismo real o imaginado, construyó imágenes, tópicos, sociabilidades y prismas de intelección sobre la Argentina y el mundo capaces de aglutinar grupos muy heterogéneos. En este clima, los comunistas construyeron una colocación cultural y un relato histórico ligado a la tradición liberal que fue decisivo para la definición de su cultura política, diferente a la de otros partidos de la región.<sup>6</sup>

- 5 Esta integración del comunismo a un espacio político amplio y a una tradición legitimada fue clave en su capacidad de atracción de los sectores letrados, que hasta entonces le eran esquivos. El otro elemento fue el internacionalismo. El comunismo ofrecía una estructura de activismo transnacional y una potente idea de fraternidad universal que se materializaba en congresos, revistas y organizaciones de todo tipo y escala, que se desperdigaba por los cinco continentes con notable eficacia. La batalla antifascista, que era considerada como una batalla en defensa de la humanidad, reactivó los resortes del internacionalismo desarticulados por el primer estalinismo, aunque en rigor muchas veces esa apelación supusiera sobre todo la defensa de la Unión Soviética. La Guerra Civil Española, de gran impacto en la Argentina, consolidó el compromiso político y emocional de un sector mayoritario de las elites culturales y dio lugar a un circuito de cosmopolitismo *engagé*, en el que muchos latinoamericanos confraternizaron por primera vez con sus pares europeos. Esta dimensión transnacional permitía, además, un tipo de compromiso bifronte particularmente atractivo para las fracciones del campo intelectual que podían sostener una autonomía relativa frente a las estructuras locales. El caso de María Rosa Oliver es ejemplar de esta tipología. Nunca se sintió cómoda entre los comunistas criollos, con excepción de sus amigos, no obstante se convirtió en una figura central de las redes comunistas globales y de una elite intelectual transnacional asociada a la Unión Soviética.
- 6 Aunque sus libros publicados fueron escasos y no desarrolló una “obra” literaria en el sentido habitual, fue una prolífica articulista, traductora y promotora de revistas.<sup>7</sup> Antes de la creación de *Sur*, en 1931, su nombre ya figuraba en el consejo editor de la revista *Argentina*, que bajo la dirección del poeta Cayetano Córdoba Iturburu, aspiraba a proseguir la herencia de las revistas vanguardistas de los años veinte. Casi todos los diarios anunciaron y elogiaron la aparición de *Argentina*, destacando a sus talentosos colaboradores, entre los que estaban Jorge Luis Borges, Roberto Arlt y Raúl González Tuñón. *La Razón* celebra la aparición de la publicación, calificándola como un “periódico de literatura izquierdista” cuyos jóvenes redactores “tienen el propósito de no apartarse de la literatura pura, en el más estricto significado de la palabra”.<sup>8</sup> Nadie parece sentirse a disgusto con los calificativos ni advertir una contradicción solo evidente retrospectivamente. Muchos de estos “izquierdistas” apenas dos meses después figurarán en la naciente revista *Sur*.
- 7 Con el objetivo era oponerse a la llamada “Ley Babiloni”, que buscaba limitar los derechos civiles de las mujeres, en 1936 impulsó la Unión Argentina de Mujeres (UAM), una agrupación integrada por socialistas, radicales, independientes y comunistas. La presidencia recayó en Victoria Ocampo, quién activó todos los resortes de su privilegiada condición social para promover una agenda feminista que, sin embargo, estuvo lejos de ser elitista. Las comunistas, alentadas por la nueva política frentista, estuvieron prestas a unirse a la batalla contra la ofensiva conservadora y católica, que había encontrado en la defensa de familia y la subordinación de la mujer un pilar de su cruzada antiliberal. Gracias a su presencia, el programa de la UAM llegó hacia mujeres trabajadoras y sindicatos y aglutinó el feminismo con la lucha antifascista y la defensa de la democracia. Para los sectores clericales, la UAM era un grupo izquierdista y rayano con el comunismo, por lo que desaconsejó a sus fieles sumarse.<sup>9</sup> Sin embargo, algunos años después, también las católicas se reunirán con las comunistas en la Junta por la Victoria.
- 8 En las organizaciones antifascistas Oliver se destacó por su pericia para hacer valer sus contactos sociales – a la que muchos amigos apelaban para tareas más prosaicas, como pedir trabajo o mediación frente de las autoridades. La casa de la “camarada” María Rosa fue desde entonces y por los próximos años lugar de reunión de intelectuales de las más diversas, aunque no necesariamente irreconciliables, extracciones políticas. Allí se cruzaban los miembros de *Sur*, los comunistas, las feministas, los diplomáticos norteamericanos y los soviéticos, escritores y artistas internacionales y obreras textiles.
- 9 En 1941, cuando Alemania invadió la Unión Soviética y así quedó atrás el pacto de no agresión que le costó a los comunistas la ruptura de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), María Rosa, junto a su amiga la matemática y comunista Cora Ratto, promovió la fundación de la organización pro aliada más

importante del país, la Junta por la Victoria.<sup>10</sup> Aunque no se trató de una entidad aristocrática sino notablemente policlasista, lo cierto es que los aceitados vínculos con la elite política y económica colaboraron en la efectividad de sus campañas. Para 1943, cuando fue clausurada por el gobierno de facto a la par de otras organizaciones y todos los diarios comunistas, contaba con 25 filiales en todo el país y había movilizado más de 45 000 mujeres. Sandra McGee Deutsch ha señalado que el carácter social e ideológicamente pluralista de la Junta, además de sus raíces feministas, la enfrentaban principalmente a los sectores nacionalistas que simpatizaban con el Eje, en cuya prensa, judíos y comunistas eran tratados de oligarcas.<sup>11</sup> Como en el caso de la UAM, la Junta por la Victoria le permitió al comunismo concretar exitosamente una política frentista y articular agendas que hasta ese momento dialogaban costosamente, como la clase y el género. En esta tarea, Oliver fue decisiva pues, como recordaba Fanny Edelman, actuaba como correa de transmisión entre la doctrina partidaria y el feminismo, estimulando una mayor apertura hacia un discurso de derechos civiles y políticos, además de los económicos y sociales.<sup>12</sup>

## Estados Unidos

<sup>10</sup> En la Junta por la Victoria, María Rosa Oliver tenía un papel clave ejerciendo su poliglotismo. Era ella quien visitaba a las esposas de los embajadores y los encargados de negocios de los países en guerra para comprometerlas en las campañas de ayuda. De todas estas mujeres, una de sus preferidas era la ex princesa rusa Myra Kudatchev, casada con el embajador norteamericano Norman Armour. El activismo en esta red de solidaridad internacional – que no solo incluyó de un modo inédito a los comunistas sino que les granjeó relaciones y simpatías impensadas – estuvo en el origen de su actuación en la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos, a la que fue invitada por intermediación de Allan Dawson, secretario de la embajada de los Estados Unidos, y el diplomático y profesor boliviano Gonzalo Sánchez de Losada. Para ese momento, el Partido Comunista de los Estados Unidos lideraba una política de colaboración con los gobiernos aliados que llevó, de la mano de su secretario general, Earl Browder, a la disolución del partido en 1944, y que tuvo un enorme predicamento en los partidos comunistas del continente.

<sup>11</sup> El 2 de julio de 1942, Oliver tomó el tren que la llevará a Brasil como primera escala de su viaje a los Estados Unidos. La idea de ese trayecto inusual se la da el banquero francés “ultraliberal” René Berger, en cuya casa porteña Oliver conoció al joven escritor comunista Jorge Amado.<sup>13</sup> En efecto, en este periplo brasileño, que la lleva a visitar las ciudades de Paraná, San Pablo y Río de Janeiro, teje relaciones estrechas con los comunistas brasileños, que aprovechaban la relativa liberalización impulsada por el gobierno de Getulio Vargas, ahora en el bando aliado. A algunos de ellos llega por indicación de dos norteamericanos que más tarde considerará sus amigos más entrañables, Waldo Frank y el escritor y filántropo Lincoln Kirstein. Las visitas que recupera en su diario incluyen a Mario de Andrade, Di Cavalcanti, Vinicius de Moraes, Samuel Weiner, Lazar Segal, entre muchos otros. El resultado material de esta intensidad social resultará en el único número de la revista *Sur*, el 96, dedicado a presentar una literatura nacional latinoamericana.

<sup>12</sup> El tercer tomo de las memorias publicada de Oliver está casi íntegramente dedicado a su trabajo en la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos, creada en 1940 por la administración Roosevelt y colocada bajo la dirección del joven Nelson Rockefeller. El periodo posterior, el que cubre los años de la Guerra Fría y su mayor compromiso con el activismo internacionalista soviético, no es objeto de una escritura pública. Las memorias norteamericanas son detalladas y comprenden un sinnúmero de figuras e impresiones. No desmienten tajantemente su buena opinión de la sociedad norteamericana, pero la matizan y contrarían. Lo primero que la sorprende es la ciudad. La oficina ocupa un piso en el centro oficial de Washington y deja ver que allí comienza la “línea de color” que luego se acentúa hacia el sur. “Me parece absurdo que mi contribución a la lucha contra Hitler tenga que dar en un país racista, escribe”.<sup>14</sup> Del

tránsito por esas contradicciones surge un interés aguzado sobre las cuestiones étnicas y raciales y su amistad con comunistas afroamericanos como el cantante Paul Robeson y antropólogo W.E. Du Bois.

13 Lo otro que le parece absurdo es la cantidad de latinoamericanos que conoce en esos dos años y el hecho de que para hacerlo haya tenido que desplazarse hasta aquella ciudad que en la guerra se había convertido en el centro administrativo del mundo y, esto lo descubre después, de un gran imperio. En la dirección de asuntos culturales, al mando de Losada, trabajan junto a ella, el profesor mexicano Edmundo Lassalle y el dirigente aprista peruano Carlos Manuel Cox Roose. Como asesores informales se revistan el sindicalista y dirigente de la Unión Panamericana, Ernesto Galarza, el periodista italiano Nicco Tucci y poeta y diplomático mexicano Luis Quintanilla. Lo que tenían en común estos hombres era su amistad con el vicepresidente Henry Wallace, un liberal de izquierdas, de origen campesino y formación cristiana, cuyas simpatías con Unión Soviética le costaron la vicepresidencia. Wallace dominaba fluidamente el español y tenía un genuino interés en América Latina, al punto que su gira por varios países de la región en 1943 fue un éxito rotundo. Encabezó actos de hasta 80 000 mil personas y cosechó elogios y apoyos entre diplomáticos, políticos e intelectuales. Jody Pavillack se ha referido a la red americanista del expresidente como “Los amigos de Wallace”, señalando con esta denominación no solo a los grupos que se organizaron para apoyar su candidatura presidencial en 1948 sino a una fracción de “demócratas izquierdistas” y “liberales de Frente Popular” que, en años de la guerra y la inmediata posguerra, apostaron por una democracia social que incluía la convivencia pacífica entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.<sup>15</sup> De esa red formaba parte María Rosa Oliver, quién tejió con Wallace una amistad que se extenderá al menos por una década, cuando aquel abjure de sus posiciones previas y apoye la intervención estadounidense en la guerra de Corea.

14 El trabajo de Oliver en los Estados Unidos le reportará tanto una formación institucional y una (la primera) experiencia laboral, como una ampliación de contactos entre un sector de la elite progresista norteamericana – que muy pronto se disgregará bajo el peso de macartismo – y una comunidad latinoamericanista curiosamente forjada bajo la iniciativa norteamericana.<sup>16</sup> Pero sobre todo, en los esfuerzos por traducir América Latina a los ojos habitualmente simplificadores y prejuiciosos de los funcionarios estatales descubrió los dobleces de la política de buena vecindad y la metamorfosis de un país que devenía en Imperio. En su viaje de regreso a la Argentina visitó México, Ecuador, Colombia y Chile, como embajadora de la oficina comandada por Rockefeller. Allí retomó amistades conocidas, que se remontaban a los años treinta, cuando muchos de sus anfitriones residían en la Argentina. En México cenó todas las noches en la casa de Alfonso Reyes, junto a Arnaldo Orfila Reynal y Pedro Henríquez Ureña. En Colombia se encontró con Baldomero Sanín Cano, en Ecuador visitó al presidente Velasco Ibarra en la casa de gobierno, y en Chile disfrutó de la habitual hospitalidad de Pablo Neruda, entonces en gira proselitista en apoyo a la candidatura de Gabriel González Videla, otro “amigo de Wallace” que una vez en la presidencia desertará de su compromiso con los comunistas, ilegalizará sus actividades y enviará al poeta al exilio.

15 Oliver regresa a Buenos Aires en plena estrella ascendente de Juan Domingo Perón en el gobierno nacido del golpe de 1943. Forma parte del activismo electoral de la Unión Democrática y asiste a todos los actos de esa coalición que más tarde calificará como “pegada con saliva”. Los comunistas gozan de una legitimidad tan inédita como efímera y sus dirigentes toman la palabra en nombre de la democracia y en contra del fascismo y la demagogia junto a reputados conservadores. La participación del PCA en la Unión Democrática vino a sellar el lugar político que las izquierdas consideraron adecuado ocupar para hacer frente a la candidatura de Juan Domingo Perón. Como en todo el mundo, también en la Argentina, o en realidad, más vivamente en una Argentina que se pensaba todavía en lucha contra fascismo derrotado en Europa, la buena estrella de los comunistas y su inigualable capacidad organizativa contribuyeron, al menos en aquel año de 1945, a transformar el partido en un actor de peso de la vida nacional. Luego del triunfo de Perón, la decisión del partido de desechar la caracterización de “nazifascismo” y apostar a un entendimiento negociado con la fuerza

vencedora, le sustrajo “en solo instante – como lo recuerda Tulio Halperin Dongui –, la respetabilidad que le había llevado largos años ganar a los ojos del entero arco de las fuerzas políticas tradicionales.”<sup>17</sup> La decisión tampoco obtuvo demasiado rédito con Perón, que en los siguientes diez años mantendría al partido ilegalizado y perseguido. Los vaivenes que los comunistas tuvieron respecto al gobierno son la clave para comprender el modo en que el desprestigio que sufrirán los comunistas en todo el mundo una vez desatada la Guerra Fría, se procesó en el ámbito doméstico. Desde entonces, el partido no ocupará nunca más un lugar en el sistema político abroquelado en torno a la identidad antiperonista, como tampoco, lo que presumiblemente resultó más gravoso, entre los trabajadores. Luego del golpe de 1955, la homologación entre peronismo y comunismo fue una figura corriente en el lenguaje político argentino.

## Diplomacia cultural y guerra fría

- 16 Al año siguiente del triunfo del peronismo en las urnas, Oliver vuelve a los Estados Unidos en una gira que incluye emisiones radiales y visitas a varias universidades. Esta será su última visita en mucho tiempo, pues al poco tiempo el gobierno de los Estados Unidos le prohíbe la entrada al país bajo la calificación de agitadora internacional. Cuando la “utopía liberal” de esa comunidad americanista forjada por la guerra y el fascismo se desmorone por el redoblado enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, la posición, por cierto poco incómoda, que ocupaba María Rosa Oliver se deslizará hacia un opción que ya no podrá ser observada como un izquierdismo genérico. Son las condiciones, más que su modo de observar el mundo, las que cambian.
- 17 La Guerra Fría reacomoda las posiciones y el anticomunismo se torna un motivo ideológico potente tanto entre las derechas como entre muchos liberales. La política soviética no hará sino confirmar las reservas y las acusaciones: desde fines de la década de 1940 y hasta los años posteriores a la muerte de Stalin, en 1953, los años llamados del estalinismo tardío, fueron de un oscurantismo aplicado a todos los órdenes, incluyendo la ciencia y la cultura. La Unión Soviética se aisló como nunca antes y la lucha contra el “cosmopolitismo” se extendió desde la prohibición de matrimonios con extranjeros hasta persecuciones antisemitas. En los partidos comunistas occidentales, el antiimperialismo devino antinorteamericanismo y el nacionalismo cultural fue una postura frecuente. Sin embargo, en este contexto los soviéticos promovieron el Movimiento Mundial por la Paz, una iniciativa frentista que paradójicamente apeló a los resortes del internacionalismo para defender la idea de que era necesario evitar una tercera guerra mundial, ahora promovida por el “nuevo fascismo” norteamericano.<sup>18</sup> Los intelectuales, como era previsible, fueron puestos en primer lugar y la campaña pacifista cosechó apoyos notables, como el de Jean-Paul Sartre. Los años de la guerra de Corea fueron de un activismo frenético y en todo el mundo los comunistas lograron reactivar el compañerismo de ruta y promover una sensibilidad antimperialista que en América Latina había sido dejada de lado desde los años veinte. En el periodo postestalinista, el cambio de rumbo de la política exterior soviética favoreció el crecimiento y la consolidación de las campañas pacifistas, que lograron un notable predicamento en la opinión pública mundial, al menos hasta 1956.
- 18 María Rosa Oliver participó en el Movimiento por la Paz desde sus inicios. Su nombre fue uno de los primeros en la lista que convocaba a crear la sede argentina, que se conformó en agosto de 1949. Pero su trabajo principal no se desarrolló en la Argentina. En los siguientes trece años, impulsó como nadie la formación de una red político-intelectual latinoamericana que fuera capaz de llevar adelante una agenda que combinaba los motivos pacifistas y de no intervención con las proclamas por la independencia y la liberación nacional, particularmente relevantes en las regiones de Asia y África. En esta tarea, apeló a todo su acervo de contactos y relaciones personales, forjadas desde la década de 1930 a través de la revista *Sur*, el feminismo y el antifascismo. Esta vez no fue una tarea sencilla, pues muchos de sus amigos, empezando por la propia Victoria Ocampo, no estuvieron dispuestos a acompañarla,

convencidos de que si existía un nuevo fascismo, éste era de izquierda y estaba encarnado en el totalitarismo soviético y sus emulaciones locales.

- 19 El empeño de Oliver en convencer a sus amistades de apoyar el Movimiento por la Paz se tradujo en una cuantiosa correspondencia con personalidades de América Latina, pero también de los Estados Unidos, Europa y Asia, en la que explicaba los motivos de su nueva causa, apelaba a las viejas batallas antifascistas y observaba la total disolución de las promesas de la *good neighbor policy*.

“Doy parte de mi tiempo a la campaña por la paz – le escribió a Gabriela Mistral. No es fácil este trabajo: el capitalismo parece decidido a hundir al mundo antes de desaparecer. Quiere llevarlos a la matanza invocando la democracia y para ello apoya y ayuda a cuanto dictadorzuelo hay en esta parte del continente. La política exterior del Departamento de Estado y el pánico anti-rojo que reina allá son un asco. Ya dos de mis amigos, gente honesta, patriota y nada comunista, se han suicidado para no tener que someterse a interrogatorios y padecer por las calumnias.

[...] Por otro lado la entrega de nuestros gobernantes causa náuseas. Yo me ponía colorada al leer lo que el chupamedias de G.V. [Gabriel González Videla] decía en su gira “triumfal” y recordaba, vez tras vez, lo que tú me dijiste, hace seis años, respecto a su falsedad. El nuestro [Juan Domingo Perón] vocifera asegurando que se cortará las dos manos antes de hacer un empréstito justo en los días en que su ministro de hacienda está gestionando un préstamo en Nueva York y Washington. El dólar [sic] es la cuenta de vidrio colorido con que compran a estos caciques inmundos.”<sup>19</sup>

- 20 La constitución de una red intelectual en torno a los motivos pacifistas en América Latina fue posible en buena medida gracias a su esfuerzo, sobre todo porque en los primeros años cincuenta el interés de Moscú por la región era menor y el “oro” brillaba por su ausencia.<sup>20</sup> Esto queda en evidencia cuando se repasa su activismo como secretaria de organización de la Conferencia Intercontinental Americana por la Paz, celebrada en Montevideo en marzo de 1952, luego de ser prohibida en Brasil. Enterándola de las vicisitudes del encuentro, que a pesar de realizarse en la clandestinidad a reunió casi 300 delegados de 11 países latinoamericanos y los Estados Unidos, le escribe nuevamente a Gabriela Mistral.

“Las delegaciones representaban muy bien los distintos sectores de las actividades de cada país y en todas ellas los comunistas eran minoría. Pero comunistas o no comunistas sus integrantes eran gente magnífica, valiente y honesta, desde el intelectual al obrero [...] De todos los rincones del mundo nos llegaron mensajes y saludos. Entre ellos uno del Pandit Nehru y varios de universidades alemanas. Baldomero Sanín Cano, se hizo presente con una carta y un telegrama, y con telegramas González Arévalo, Salvador Allende, Alvarado Fuentes, Neruda, un profesor japonés, varios hindúes, muchas congregaciones religiosas de los Estados Unidos.

A pesar de este contratiempo [su detención al regreso a Buenos Aires junto al delegado colombiano Diego Montaña Cuéllar], estoy contenta con los resultados obtenidos. No me importa la etiqueta que me cuelguen. Seguiré luchando por la paz y por la total independencia de nuestras naciones. Yo las quiero, Gabriela, las quiero con amor dolido, enternecido, bajo el cual laten las alas con una enorme esperanza.

No sé si iré a Mar del Plata. Vic [Victoria Ocampo] está obsesionada con el comunismo y no tengo ganas de discutir inútilmente. Siento, y no dejo de lamentarlo por ella, que hoy mi vida es más plena que la de ella. No me siento sola y jamás estoy aburrída. Me llamas idealista. Quizás lo soy, pero si no lo fuera mi vida no tendría razón de ser [...] No es verdad que hay una paz comunista y otra que no lo es. La paz como la guerra es una. Se trata de optar por la primera.”<sup>21</sup>

- 21 Desde su participación en congreso de los pueblos de Varsovia, en 1950, Oliver formó parte de los sucesivos encuentros en diversas capitales del mundo, colaboró activamente con la red de publicaciones asociadas al movimiento y fue una informante clave en la promoción de la literatura latinoamericana en la Unión Soviética, así como en la articulación con la izquierda progresista estadounidense. El Movimiento por la Paz, más que alterar radicalmente su sistema de relaciones sociales, lo amplificó y

reorganizó en una nueva geografía, la del sur global. Como antes en Washington, ahora en Praga, sede del Consejo Mundial, los latinoamericanos se encontraban y algunos se veían la cara por primera vez. El castillo Dobris, donde funcionaba la Asociación de Escritores checos fue una especie de Casa de las Américas de los años cincuenta, afirma Michel Zourek, donde no faltaba la sociabilidad distinguida.<sup>22</sup>

- 22 En 1957, Oliver recibió el Premio Lenin por la Paz de los pueblos junto a, entre otros, Louis Aragon, Danilo Dolci, Emmanuel d'Astier de La Vigerie y Chandrashekhara Venkata Raman. En una ceremonia en el Hotel Savoy recibió el diploma de la mano del escritor ruso Boris Polevoy, quien en su discurso la comparó con Juan Bautista Alberdi y José María Drago.<sup>23</sup> Esta condecoración le valió la ruptura definitiva con la revista *Sur* y un amargo intercambio epistolar con Victoria Ocampo, quien ya era una figura principal de la sede argentina del Congreso por la Libertad de la Cultura, organización creada en 1950 como respuesta al pacifismo soviético.

## Cambio de época

- 23 Oliver integró formalmente el Movimiento por la Paz hasta 1962. En sus papeles personales el balance de la experiencia es amargo.

“Catorce años – 1948-1962 – actué en el Movimiento Mundial de Defensores de la Paz, – de cuyo consejo Mundial fui asesora – y me tocó ser vicepresidenta y miembro de la comisión directiva del Consejo Nacional. Dejé de militar en el Movimiento – aún hoy en vigencia – cuando [al ser rechazados] mis reparos a la manera en que era llevado, sentí que era superior a mis fuerzas luchar, a la vez, contra la incomprensión de nuestros opositores y la mentalidad burocrática de algunos compañeros de trabajos enquistados en funciones [rutinarias].”<sup>24</sup>

- 24 En estos papeles como en sus memorias y correspondencia el punto de separación con los comunistas no es ideológico sino lo que ella misma denomina “táctico”: las formas burocráticas, los modos ásperos, el sectarismo. En otras palabras, la forma de funcionamiento más o menos habitual de un partido de izquierdas de corte leninista que está obligado a moverse con una base social minoritaria. Esto en el contexto de un movimiento en crisis, implantado como nunca a escala global pero tensionado por la diversidad de experiencias nacionales que se reclamaban bajo su órbita. Si en 1936, en un alto de la reunión del Pen Club en Buenos Aires, le contó a Jacques Maritain que no se terminaba de entender con los comunistas porque “traslucen en sus argumentos tal aridez de espíritu que, a oírlos, me parece estar mascando corcho”, ya a mediados de los años 1960 puede precisar el lugar, ahora sí incómodo, que ocupaba en un movimiento dividido entre el estancamiento soviético y el radicalismo chino, al que parecía preferir, y unas dirigencias locales que ya se habían demostrado incapaces de procesar cualquier desafío político o generacional.<sup>25</sup> Los funcionarios del partido, dice, actúan como un “claustro de monjes” y una clase privilegiada, no muy diferente de aquella que detenta esa calificación por prosapia o dinero.

“Al igual que los atados a sus privilegios, el burócrata enquistado en su función cierra los ojos a la realidad ambiente cuando ésta le es adversa, recurriendo al método de la autosugestión [confiados] que con negarla sistemáticamente la anulará. Las consignas, las frases hechas, se vuelven entonces el equivalente de las oraciones y las plegarias que, según ciertos religiosos anacrónicos, a fuer de repetidas traían la fe [...] Sólo por señalar, a veces aludir a esta realidad, fui tildada de tibia, de derrotista o de falta de contacto con el pueblo. No lo tenía mucho, verdad, pero posiblemente más que quienes me hacía tal reproche [...]

Me molestaba sentir ese bochorno y por ello me puse a analizarlo. Se debería acaso a una falla mía, a uno de los tantos condicionamientos de clase. Pero burgueses eran también los funcionarios que en los pic-nics [*sic*] populares y en las reuniones con obreros adoptaban sonrisas tan estereotipadas como las que salen en ciertas fotografías y distribuían a diestra y siniestra sonoros palmoteos de espaldas.”<sup>26</sup>

Desde 1953, el comunismo inició un camino de reformas que tuvo su climax cuando tres años después, en XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Jrushchov denuncie los crímenes del estalinismo. Allí mismo se aceptó la posibilidad de que existieran “vías nacionales” al socialismo, así como que éstas podían darse pacíficamente. Sin embargo, la invasión a Hungría a fines del mismo año puso fin a las esperanzas reformistas y precipitó las divisiones y enfrentamientos. El Movimiento por la Paz entró en decadencia, pues era evidente que el ingreso de tanques soviéticos a Budapest violaba uno de sus principios centrales, esto es, la no intervención de una potencia extranjera en los asuntos de otro país. María Rosa Oliver, como integrante del Consejo Mundial, fue testigo directa de este proceso y comprendió cabalmente el desgarramiento que suponía para su fe y su posición. En los años posteriores, decidí relacionarse con los sectores juveniles e incluso disidentes del comunismo argentino, interesados como ella tanto en China como en Cuba. Sin embargo, el cosmopolitismo intelectual y de izquierdas que había sido el cauce para su compromiso político, se tornó una posición cada vez más improbable. El clima político-ideológico de los años sesenta encontró a esta “comunista aristocrática” más cercana a la nueva izquierda que al comunismo y la revista *Sur*, dos polos de una tradición intelectual forjada por el antifascismo, que ya estaba agotada, además de fragmentada. Estas izquierdas nuevas reorganizaron los circuitos, los lenguajes y las tradiciones del compromiso político de los intelectuales – no es seguro que sus formas y procedimientos ni muchos menos sus tensiones y aporías – de una forma en la Oliver, entonces casi septuagenaria, solo podía ser una espectadora sagaz aunque empática. Ese mundo ya no era su casa.

---

## Notes

1 Esta escena es relatada en una carta de Rodolfo Aráoz Alfaro a María Rosa Oliver, s/f (c. 1965), María Rosa Oliver Papers, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library, Box 2, Folder 21.

2 King, John, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 60.

3 Clementi, Hebe, *María Rosa Oliver*, Buenos Aires, Planeta, 1992 y Fernández Bravo, Álvaro, “Introducción a *Mi fe es el hombre*”, en Oliver, María Rosa, *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008, p. 9-49.

4 Cfr. los trabajos reunidos en el dossier coordinado por Bertúa, Paula, “María Rosa Oliver: Trayectos de una escritora descentrada”, *Mora*, 2017, n° 17, p. 109-168.

5 Hora, Roy y Leandro Losada, “Clases altas y medias en la Argentina, 1880-1930. Notas para una agenda de investigación”, *Desarrollo Económico*, vol. 50, n° 200, 2011, p. 611-630.

6 Bisso, Andrés, *El antifascismo argentino*. Selección documental y estudio preliminar, Buenos Aires, CeDInCI Editores/Buenos Libros, 2007; Pasolini, Ricardo, *Los marxistas liberales. Antifascismo y comunismo en la cultura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

7 Oliver escribió obras de ficción, guiones de cine y dramaturgia, artículos y traducciones, aunque sólo publicó *Geografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1939; *América vista por una mujer argentina*, Buenos Aires, Salzmán y Cía., 1945; *Lo que sabemos, hablamos... Testimonio sobre la China de hoy*, Buenos Aires, Botella al Mar, 1955 (junto a Roberto Frontini) y los tres tomos de sus memorias: *Mundo, mi casa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1965; *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969 y *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1981 [reedición de la Biblioteca Nacional Argentina, Buenos Aires, 2008].

8 “Celebrando la aparición de ‘Argentina’ se reunirá un grupo de intelectuales”, *La Razón*, Buenos Aires, 29 de noviembre de 1930, en *Argentina*. Recortes de prensa, Fondo Cayetano Córdova Iturburu, FA-025-4-4.1, CeDInCI/UNSAM.

9 Cosse, Isabella, “La lucha por los derechos femeninos: Victoria Ocampo y la Unión Argentina de Mujeres (1936)”, *Humanitas*, vol. XXVI, n° 34, 2008, p. 38.

10 La AIAPE fue creada en 1935 bajo la inspiración del Comité de Vigilancia des intellectuels antifascistes de Paris (CVIA) y con el impulso principal de Aníbal Ponce. Fue la organización antifascista más importante del país hasta la creación de Acción Argentina, como consecuencia de la reacción de sectores socialistas y liberales frente al pacto-germano soviético.

11 McGee Deutsch, Sandra, *Cruzar fronteras, reclamar una nación. Historia de las mujeres judías argentinas, 1880-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 291.

12 Valobra, Adriana, "Formación de cuadros y frentes populares: relaciones de clase y género en el Partido Comunista de Argentina, 1935-1951", *Izquierdas*, n° 23, abril 2015, p. 142.

13 Oliver, María Rosa, *Mi fe es el hombre*, op.cit., 2008, p. 106.

14 *Ibid*, p. 151.

15 Pavilack, Jody, "Henry A. Wallace y sus "amigos" en América Latina", en Aránguiz Pinto, Santiago y Patricio Herrera González (editores), *Los comunismos en América Latina. Recepciones y militancias (1917-1955)*, Vol. II, Santiago de Chile, Historia Chilena, 2018. 215-232.

16 Fernández Bravo, Álvaro, "María Rosa Oliver en las redes comunistas del siglo", *Mora*, n° 23, 2017, p. 141.

17 Halperin Dongui, Tulio, *Son Memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008. p. 166.

18 Cfr. Geoffrey, Roberts, "Averting Armageddon: The Communist Peace Movement, 1948–1956", en Smith, Stephen A. (ed.), *The Oxford Handbook of the History of Communism*, Oxford University Press, 2014, pp. 1-21.

19 Carta de María Rosa Oliver a Gabriela Mistral, Buenos Aires, 14 de mayo de 1950, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile, Disponible en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-148460.html>.

20 Iber, Patrick, *Neither Peace Nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015, p. 79.

21 Carta de María Rosa Oliver a Gabriela Mistral, Buenos Aires, 29 de marzo de 1952, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional Digital de Chile. Disponible en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-148508.html>.

22 Zourek, Michal, *Praga y los intelectuales latinoamericanos*, Rosario, Prohistoria, 2019, p. 67.

23 "Entrega del Premio Internacional Lenin por el Fortalecimiento de la Paz entre los pueblos a María Rosa Oliver, destacada personalidad social y escritora argentina", *BIS. Buro de Información Soviética. Suplemento del Seminario Novedades de la Unión Soviética*, Buenos Aires, 10 de junio de 1958, María Rosa Oliver Papers, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library, Box 1, Folder 23.

24 "Pax", notas mecanografiadas, *World Council of Peace: memoirs/articles*, María Rosa Oliver Papers, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library, Box 1, Folder 52. Las palabras entre corchetes indican correcciones sobre el original.

25 Oliver, María Rosa, *Mi fe es el hombre*, 2008, *Op. Cit.*, p. 68.

26 "La Paz", notas mecanografiadas, *World Council of Peace: memoirs/articles*, María Rosa Oliver Papers, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library, Box 1, Folder 52. El texto no tiene fecha pero puede deducirse que fue escrito a mediados de la década de 1960. Las palabras entre corchetes indican correcciones sobre el original.

## Pour citer cet article

### Référence électronique

Adriana Petra, « María Rosa Oliver, el comunismo y la cultura argentina », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Colloques, mis en ligne le 08 octobre 2020, consulté le 12 octobre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/nuevomundo/82126>

## Auteur

**Adriana Petra**

CEL/LICH/UNSAM-Conicet

## Droits d'auteur



Nuevo mundo mundos nuevos est mis à disposition selon les termes de la licence Creative Commons Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 4.0 International.